

LA ARGUMENTACIÓN. HISTORIA, TEORÍAS, PERSPECTIVAS

Plantin, Christian

Traducción de Nora Isabel Muñoz, prólogo de Roberto Marafioti
Buenos Aires, Biblos, "Ciencias del lenguaje", 2012, 114 páginas.

Christian Plantin fue profesor de la Universidad de Lyon, Francia, país en el que nació y formó y, en la actualidad, se desempeña como director de investigaciones del Centre Nationale de Recherches Scientifique (CNRS). A comienzos de los años noventa se conoció fragmentariamente en la Argentina sus *Essais sur l'Argumentation. Introduction linguistique à l'étude de la parole argumentative* (París, Kimé, 1990). Su difusión se vio desde entonces dificultada debido a que no ha habido traducción al castellano del volumen. Hacia fines de esa década, la editorial barcelonesa Ariel ayudó a sortear la dificultad cuando distribuyó *La argumentación* y, finalmente, el año pasado se dio a conocer *El hacer argumentativo*, cuya autoría, dada la necesidad de adaptación de ejemplos y consignas al pasar el escrito de la lengua francesa a la nuestra, Plantin compartió con la profesora argentina Nora Muñoz.

Un rápido repaso de sus artículos y ensayos posibilita ver cómo su preocupación se orienta según un doble camino. Por un lado el de los estudios académicos especializados en lo que Plantin denomina la "palabra argumentativa" (90); por el otro lado, hacia una labor pedagógica, a través de la cual ha buscado permanentemente articular la densidad y el rigor conceptual con las necesidades de la enseñanza, incluso en lo que respecta a los requerimientos de la escuela media y la formación docente. Esta segunda vía es particularmente interesante y valiosa si se tiene en cuenta que se ha

desarrollado en un panorama en el que, tanto en Francia como en la Argentina, y quizás el mundo completo, la enseñanza tradicional de la gramática se ha visto transformada por las sucesivas "reformas" curriculares y didácticas, gracias a las cuales en el período reciente la argumentación ha pasado a ocupar un lugar cada vez más destacado. Así lo expresa Roberto Marafioti en el final del prólogo a *La argumentación. Historia, teorías, perspectivas* a la hora de su valoración: "Por todo lo señalado, el libro de Plantin es un auxiliar breve, pero al mismo tiempo insustituible, que permite profundizar en un espacio teórico que viene ganando, en las últimas décadas, un lugar preponderante en el análisis de los discursos sociales" (17).

El tomo que aquí se comenta se articula en siete capítulos que, en el cruce de historia y teoría, ya trazan la continuidad que transporta desde la retórica clásica hasta la actualidad, ya repasan y enfatizan aquellos nudos que, de acuerdo con el juicio del autor, sostienen más firme y decididamente la práctica argumentativa y posibilitan su comprensión.

El capítulo inicial parte de la retórica antigua y observa los modos en que se yuxtaponen y distinguen las perspectivas retórica, dialéctica y lógica en lo que a la consideración de la praxis argumentativa respecta. Se trata de una tensión que sólo comenzará a inclinarse hacia una nueva consideración -sostiene Plantin (27)- avanzado el siglo diecinueve, o un poco después, cuando en paralelo a la deslegitimi-

zación de la retórica avanza la lógica más allá de su papel como sostén exclusivo del pensamiento científico, hasta ocupar los territorios del razonamiento “informal” o “modal” y la racionalidad práctica. Porque, en definitiva, la búsqueda de los patrones de esta “razón ampliada” se orientará hacia el diseño de esquemas o modelos teóricos que, al tiempo que advierten que los intercambios cotidianos al igual que la publicidad o el discurso político están dominados por una razón sin la cual sería incomprendible su capacidad persuasiva, debaten acerca de si una misma estructura explicativa puede abarcar también la demostración científica o si debe apartarse fuertemente de ella. Con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial se puede advertir, además, cómo el interés por la argumentación acompaña la búsqueda de fórmulas del consenso o apaciguamiento de la confrontación como clave para el desenvolvimiento de las políticas nacionales e internacional.

Un capítulo completo está dedicado al ya clásico *The Uses of Argument* que Stephen Toulmin dio a conocer en 1958. Como cuentan los historiadores, Toulmin creía estar innovando en particular a través de su clasificación de los diversos “campos argumentativos” (la ciencia, el arte, la conducción de empresas, la ética, el discurso jurisprudencial), mientras que fue su esquema básico y simple de la secuencia argumentativa aquello que lo volvería famoso. El encadenamiento de datos y conclusión a través de una garantía que sirve de pasaje de unos hacia la otra y el complemento de restricciones, garantías y soportes suministra el repertorio descriptivo fundamental que Toulmin articula para dar cuenta de una suerte de célula básica de la argumentación que, por supuesto, en el análisis de casos discursivos concretos multiplica sus elementos, da vida a argumentaciones secundarias o complementarias, entre otras cuestiones.

Ese mismo año se publicó en Bruselas otro libro quizás más conocido todavía que el de Toulmin, pero que se orientaba en pos de una meta similar. Se trata del *Traité de l'argumentation. La Nouvelle Rhétorique*, de Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca. Estos autores, que explícitamente declaran en su obra la guía que les ha proporcionado la retórica aristotélica, colocan en el centro de su análisis a la argumentación jurídica, un discurso fuertemente institucionalizado que, por eso mismo, suministra una suerte de modelo básico del funcionamiento argumentativo. De igual modo, se establece un regreso de la tópica clásica, en tanto método de búsqueda, suministro de contenidos concretos y estructura de organización y jerarquización.

Asimismo, Perelman y Olbrechts-Tyteca rescatan a la argumentación como construcción discursiva que se realiza en frente a un auditorio que le sirve a la vez de guía y control. Es decir que el auditorio es una entidad que, aun cuando se la juzgue como hipotética y no empírica, abre la posibilidad del diálogo con ese “otro” que condensa un horizonte de expectativas epocal y, por tanto, es aquel con quien se negocia de manera implícita la fuerza de los argumentos en los términos de su eficacia persuasiva, puesto que ésa y no otra es su “verdad”. Una “verdad compartida” que, en el revés, da cuenta de sus límites.

Otro de los clásicos que Plantin revisa es *L'Argumentation dans la langue*, de Oswald Ducrot y J.-C. Anscombre. En este caso se trata de un modelo estrictamente discursivo que tiene como punto de partida la simple estimación de que, después de lo enseñado por la teoría de la enunciación, la pragmática y la teoría de los actos de habla, toda emisión lingüística debería ser considerada en definitiva por su cometido argumentativo. De tal manera, Ducrot y Anscombre pasan lista a los diversos modos (conectores, etc.) con que un enunciado se orienta a partir de

su encadenamiento con otro enunciado, que lo antecede o lo continúa, y dedican particular atención a las diferentes formas que toman los recursos de la polifonía, las formas de la contaminación de voces, los pactos, reorientaciones y “deformaciones” con que un enunciado opera sobre otro.

Plantin dedica uno de los capítulos finales a recordar aquello que los filósofos clásicos ya habían resaltado aunque el trajín de los siglos hizo que por momentos se olvidara o desplazara hacia una apreciación muy menor: el componente emotivo. Para entender la fortaleza de una argumentación, sostiene Plantin, hay que “reconstruir las emociones” (97) que se ponen en juego a través del discurso. Se trata de un problema metodológico puesto que, si se acepta que el argumentativo no es el único discurso existente, pues entonces se debe aceptar que hay una dimensión emotiva en todo discurso, y habrá, extensivamente, que encontrar los modos de establecer una tipología de las pasiones que permita caracterizar los maneras específicas que toma en la argumentación.

Un buen y necesario punto de partida, sugiere el autor, es olvidarse de aquellas catalogaciones que depositan a las emociones en el casillero lógico de las falacias. Así, si se revisan los intentos sistemáticos que desde la Antigüedad buscan definir la naturaleza del hacer argumentativo, la *Retórica* y los *Tópicos* de Aristóteles, también *El orador* de Cicerón o la *Institución oratoria* de Quintiliano, para nombrar a los representantes más célebres, es posible advertir el lugar central que estos sabios han concedido desde siempre a la “fuerza del conmovedor”. Dentro de la argumentación el componente emotivo se dispara en una doble dirección: la del *pathos*, que busca sensibilizar, atraer y despertar el interés del auditorio, y la del *ethos*, que da cuenta de las cualidades del argumentador, aquellas “razones” por las que no podríamos dejar de creerle. Junto con el

logos -la vía lógica-, *ethos* y *pathos* trenzan la cuerda que amarra todo efecto persuasivo. Es quizás en este punto donde se observa el punto más débil que tienen las perspectivas excesivamente lógicas que analizan la argumentación.

El mayor interés de esta obra del especialista Christian Plantin que acaba de ser traducida al castellano es que brinda una suerte de “estado de la cuestión” sobre los modelos teóricos que pretenden dar cuenta de la argumentación. No se ofrece como una revisión exhaustiva (tampoco podría hacerlo dada su extensión), sino como un “punteo” de las obras y autores fundamentales, aunque no se los acerque a la manera de un manual o texto introductorio, sino más bien como un ayuda-memoria para aquellos que ya manejan, por lo menos, los rudimentos de la problemática específica. Se trata, en definitiva, de uno de esos libros útiles que esperan allí, en el estante, el momento en que la consulta se vuelva necesaria y que, además, suministran una buena bibliografía básica sobre argumentación para ampliar y refinar el debate teórico.

Jorge Warley

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PAMPA